**¡GRACIAS, SEÑORITA!**

***O por qué la cultura puede salvar vidas.***

***Rafa Rubio 2016***

La expectación era enorme. Acababa de suceder una de las mayores catástrofes de la historia, con un gran número de pérdidas humanas y el mundo estaba estupefacto. Pero dentro de tanta desgracia una luz de esperanza se abría paso. La vida escapaba de la muerte y todas las miradas y todos los medios de comunicación se dirigían a Elia, una niña de diez años, que se había convertido en una auténtica e inesperada heroína.

La llegada al aeropuerto de Barajas de la familia Solís, y con ellos, Elia, se había convertido en el acontecimiento mediático del momento. A las doce y diez, Elia, una niña morena, de ojos rasgados, y de sonrisa suave, como dibujada, salía de la zona de

Embarque, agarrada a la mano de su madre.

Pero en ese momento, al salir por la puerta, no sonreía, y su mirada se dirigía al suelo. Un gran murmullo llenó el espacio de repente, y de forma espontánea, se rompió con una salva de aplausos atronadores. Los *flashes* de las cámaras iluminaban como fuegos artificiales todo el lugar y la multitud de periodistas se abalanzaba hacia la niña.

Elia, levantó la mirada, sus ojos se le hicieron enormes y por un instante aguantó la respiración.

Después de unos minutos de caos, pudo abrirse un pequeño corro y un bosque de micrófonos rodeaba a la niña, se produjo un silencio inesperado y una sagaz periodista

lanzó la primera pregunta:

* Elia, Elia ¿qué se te pasa por la cabeza, después salvar a todas esas personas?-

Elia, levantó la mirada, lentamente movió la cabeza de izquierda a derecha hasta fijarla en el micrófono que, tembloroso, le rozaba casi la nariz, se acercó, y con voz dulce y pausada alcanzó a decir:

* + ¡Gracias, señorita! Gracias por salvarnos la vida-.

Silencio. Los periodistas se miraban unos a otros, preguntándose quién podría ser aquella señorita, que en este momento, pudiera merecer ese agradecimiento tan sincero... La periodista, joven, vivaz y curiosa pero con larga experiencia en reportajes de situaciones extraordinarias, sabía que había algo más, una historia más que interesante.

Con la contrariedad que supone una respuesta enigmática, quiso insistir, pero el revuelo se hizo incontrolable y los miembros de la seguridad optaron por sacar a la niña de allí, al tiempo que su padre, como improvisado portavoz, dijo:

* + Lo siento, deben comprender, ha sido muy traumático y ahora debe descansar. Ya se les avisará-.

Y sin posibilidad de réplica, la improvisada rueda de prensa terminó. Pero la periodista, que se llamaba Carmen Guerra para más señas, quería saber más, y dentro de su cabeza no hacía más que girar el agradecimiento de Elia: *‘¡Gracias, señorita! ...* ¿qué quiso decir? A lo mejor en aquellos trágicos momentos, hubo alguien más, oculto ahora, que fue la auténtica heroína del salvamento. Pero, ¿señorita? ¿Igual la niña no sabía su nombre? Por otro lado ¿no es una forma extraña, incluso para una niña, de dirigirse a alguien?, a no ser qué...‘

Carmen pareció iluminarse, una idea le llevó a otra, y agolpándose de repente, alcanzó a decir en alto:

* ¡Claro! La señorita, su señorita ¡debe ser su profesora! ¿Qué años tiene? ¡Diez!

Es su profesora de 4º de primaria. Pero ¿qué puede tener que ver con esto? No tiene mucho sentido...- de repente le cundió el desánimo y la solución le pareció absurda, y pensó: Cuando se calmen los nervios a ver si Elia puede decir algo más.

Días después, Carmen publicaba en su periódico local, el recibimiento en Barajas, de esa heroína, en donde se explicaba los pormenores de la catástrofe y los hechos extraordinarios que llevaron a Elia a ser la sensación del momento.

Carmen tituló su crónica, con una amplia foto, como no podía ser de otra manera, con un sonoro y enigmático: ¡GRACIAS, SEÑORITA! LA HISTORIA DE ELIA QUE CON SU DECIDIDA ACTUACIÓN SALVÓ A CIENTOS DE PERSONAS. Con este titular, pretendía dos objetivos, uno, plasmar el sentimiento colectivo de agradecimiento a la propia Elia, por su heroica actuación, y por otro, recoger aquellas enigmáticas palabras que cerraron la improvisada y caótica rueda de prensa a su llegada a Madrid.

Ese artículo explicaba cómo dentro de la catástrofe del maremoto que arrasó las costas de Indonesia, en una de las playas se produjo el milagro que una niña y su preclara visión de lo que iba a ocurrir hizo que se salvaran cientos de personas, oportunidad que no tuvieron otras en las mismas circunstancias. El reportaje terminaba así: ... no sabemos quién es esa persona, a quien Elia, agradeció de corazón haberla salvado la vida, pero, desde aquí nos sumamos a ese agradecimiento y no podemos más que repetir: ¡Gracias señorita!

El director del periódico felicitó personalmente a Carmen por el tratamiento de la noticia. Pero, ella no estaba conforme.

Carmen, muy aficionada al cine, esta historia le recordó al comienzo de una película emblemática: *Ciudadano Kane*. La película con que Orson Welles asombró al mundo al principio de los cuarenta, y la palabra, que da lugar a todo el desarrollo de la historia, le salió sin querer: *Rosebud*. Era curioso, como esa enigmática palabra guardaba una historia tan interesante. A Carmen le gustó la similitud con el *¡gracias señorita!* de Elia, ¿quién era esa señorita? Desde luego era un buen principio para una

buena historia, y ello requería una mayor atención.

Pero como bien pensaba Carmen, todo tiene un principio y esta historia empezó, sin que nadie se diera cuenta, tres meses antes...

Sonaba el despertador, cansino y débilmente, en la casa de los Solís, el padre, Gabriel, se levantaba con pesadez, somnoliento y arrastraba los pies como todas las mañanas dispuesto a hacer el desayuno, mientras farfullaba con voz pastosa:

* + Tengo cambiar las pilas del despertador. Algún día se van acabar y verás quién nos levanta...-

Con el sueño, no recordaba que llevaba unas pocas mañanas diciendo lo mismo. Entre bostezo y bostezo, puso el café, la radio, se fue a las habitaciones a despertar a

todos los demás habitantes de la casa, a Rafa Jr., Elia la pequeña y a Eli, su esposa, que como ya se dirigía a la ducha le dio un beso, un *buenosdías* con sabor a sueño, y optó por girar sobre sus propios pasos y seguir con el desayuno.

Café, bizcochos del pueblo, leche semi, cereales con leche fría para Rafa y leche con cacao y galletas para Elia y marchando.

* + ¡Las ocho y media! ¿Dónde está todo el mundo?, y como siempre, a correr, ¡tú viste a la niña! ¡¡Rafa!! ¡a-qué-estás-esperando-que-nos-pilla-el-toro!. La corbata ya me la he puesto mal, ¿te acerco? No hace falta, hace buen tiempo... me voy que no llego, tienes los deberes, la merienda, un beso, me voy, me voy....-

Ese mismo día, Rafa padre, llegó un poco antes a casa, y Eli se sorprendió:

* + ¡Hola! No te esperaba tan pronto…-
  + Es que no he podido esperar, hoy me han dado una noticia. ¿Te acuerdas de aquella campaña de la empresa que tenía unos incentivos y qué uno de ellos era un viaje con todos los gastos pagados a Indonesia para toda la familia? Pues ¿a que no sabes a quién se lo han dado?-
  + ¡No me digas, no me lo puedo creer! ¿Nos ha tocado un viaje a Indonesia?-

Pues, efectivamente. Vete preparando las maletas ¡QUE NOS VAMOOOS!- Aquel día fue la pera, toda la familia saltaba de alegría, se llamaba a los abuelos, a los tíos a todo el mundo y la felicidad se respiraba en toda la casa. No había cosa que más gustara a la familia Solís que viajar, y este viaje, por inesperado e insólito, venía de perillas. Eli recordaba el viaje a China cuando fueron a por Elia. Pero no era lo mismo, en aquel viaje hubo papeleo, tensiones, pero ahora era la familia al completo quien iba a disfrutar de un auténtico viaje de placer ¡con todos los gastos pagados! Más no se podía pedir.

Sin embargo, la vida seguía su curso, el colegio no había acabado y aún quedaban dos meses y medio para irse de viaje.

Elia, de hecho, estaba en clase de conocimiento del medio, ausente, pensando en su próximo viaje a Indonesia. Había visto dónde estaba Indonesia en el globo terráqueo que había en la clase y la verdad que estaba lejos ¡a una cuarta y dos dedos de España! Como decía el abuelo eso está en el quinto pino... por lo menos. La maestra, daba su explicación y observaba con interés a Elia porque no era habitual que manifestara ese aire distraído. Siempre atenta, colaboraba y participaba activamente de las clases, pero aquel día estaba claro que la mente de Elia estaba, al menos, fuera del aula, y al final dijo:

* + Elia, ¿puedes decirme de qué estamos hablando?-

Elia seguía ausente, y ni siquiera se dio por aludida. La profe, con infinita paciencia, se acercó y esperó que en algún giro de la cabeza topara con su silueta. No pasó mucho, Elia giró, y se quedó paralizada al ver la figura imponente de la señorita Adela. No estaba habituada a que la pillaran en un renuncio y el calor de las mejillas le hizo comprender que se estaba poniendo como un tomate.

* + Perdón, señorita, yo no..., no sé...- susurró Elia, totalmente avergonzada. Sin levantar la mirada, notaba como toda la clase la miraba y pensaba ‘seguro que se están partiendo de risa’.
  + Vamos a ver, Elia, algo importante te debe estar pasando por esa cabecita loca, porque no parece muy normal ver cómo estás de ausente. Dijo la profesora, conciliadora.-
  + Pero si estoy aquí. Dijo, Elia, un poco insensatamente, dadas las circunstancias.- La clase entera soltó una carcajada.
  + ¡Elia! No te pases. Los demás silencio, ¿dime qué te ocurre?-

Elia le contó como mejor pudo lo de su próximo viaje, la ilusión que tenía y las ganas que llegara ya el día.

La señorita, sonrió, y con voz neutra le dijo: - Bueno, eso está muy bien pero ahora estás aquí y hay que terminar la lección.-

Y continuó con la clase, ahora con un oyente de excepción porque, Elia, culpable, era todo oídos:

* + Estábamos explicando –decía sin dejar de mirar a Elia, que se volvía a poner roja ‘qué son los terremotos y que cuando se producen en el mar se llaman... ¿cómo se llaman?’
  + ¡¡Maremotos!! Gritaron a coro en clase.-
  + Exactamente, prosiguió la profesora, los maremotos son terremotos que se producen en el lecho del mar. El movimiento de las capas de la tierra provocan fracturas y corrimientos que desatan fuerzas de una energía enorme, en forma de ondas, pero en alta mar, las ondas van horizontales y también se prolongan verticalmente, hacia arriba, a través del agua, hasta llegar a la superficie provocando un pequeño embudo en la superficie. Como cuando se tira una piedra en un lago, la piedra se hunde y el agua rebota y repunta hacia arriba, provocando unas ondas circulares, unas olas pequeñinas.

Cuando se produce un maremoto, en el epicentro del fenómeno, el embudo provoca unas olas casi imperceptibles, las cuales empiezan correr por la superficie del mar acrecentando su fuerza, ganan en altura y en velocidad de tal modo que cuando llegan a la costa tienen una fuerza colosal y en ocasiones puede alcanzar alturas de hasta treinta metros, como un edificio de diez plantas.

Ese movimiento de las olas es circular, el agua gira sobre sí mismo formando una corriente de ida y vuelta, se producen valles y montes de agua y así si lo primero que llega es un valle se produce un efecto curioso y es el retroceso del mar; es como si el agua de repente se fuera hacia dentro dejando al descubierto muchos metros de la orilla de forma repentina. Pero no es más que un espejismo porque unos minutos después el mar regresa en forma de ola gigante, lo que se conoce con la palabra japonesa *tsunami*. Hay un caso histórico, bien documentado, que ocurrió en Lisboa, la capital de Portugal, ya que el 1 de noviembre de 1755 se produjo un maremoto en el océano Atlántico y ocurrió que en la orilla de la plaza, el mar se retiró súbitamente incluso dejó al descubierto barcos hundidos tiempo atrás, y este fenómeno atrajo la curiosidad de la población que se fueron acercando a la orilla al ver el espectáculo. Y ocurrió la tragedia, el mar regresó con una inmensa ola llevándose por delante a los que estaban allí y todo el barrio más cercano al mar quedó destruido. Ahora es una zona reconstruida en su totalidad, que se conoce como *A Baixa*. El maremoto produjo mucho más víctimas porque la gente se acercó a la orilla atraída por la curiosidad de ver un fenómeno nunca visto como fue la huida repentina del mar, cuando lo que tenían que haber hecho es salir corriendo a lugares altos.-

A Elia, aquella historia le pareció fascinante, y pensó que si algún día volvía a Lisboa (ya había ido alguna vez con su familia viajera) iría a la *Plaza do Comerço* y le contaría esa historia a su padre mirando al río *Tejo*, sentados bajo la estatua del caballo, que seguro, seguro le fascinaría como a ella. Sin saber porqué, Elia recordó que el verano pasado, un guía turístico visitando la catedral de Coria le indicó que la grieta que cruza una de las fachadas de la catedral se produjo por el terremoto de Lisboa cuyos efectos se dejaron notar a tan larga distancia. Curioso, pensó, Lisboa, Coria, todo el mundo está conectado...

En ese instante, Elia, no podía ni imaginar hasta qué punto eran ciertos sus pensamientos.

El curso terminó, y Elia salió doblemente contenta, sus notas eran excelentes y sabía que ya quedaba poco para realizar el viaje de sus sueños: Indonesia. Sonaba a lugar muy, muy lejano con en los cuentos donde había palacios increíbles, playas maravillosas, comida exótica y un plan prácticamente perfecto. Toda la familia compartía los sentimientos de Elia y no veían el momento de salir de viaje. Finalmente, llegó el día que había que volar. Primero desde Cáceres a Madrid, en coche, hasta el aeropuerto de Barajas. Para Elia, no era nuevo, ya habían hechos viajes y el recorrido en coche era igual, además alguna vez fue a visitar a sus primos madrileños y la carretera era la misma.

Elia, la verdad, le importaba poco el camino que tomara su padre porque se ponía el DVD portátil junto con su hermano y se pasaba el viaje viendo películas. Incluso al parar en la gasolinera se enfurruñaba porque había que parar el motor del coche y eso

hacía que se parara la película -¡Jó, papá, otra vez a empezar!- Hay que parar y punto-.

Siempre lo mismo cada vez que se paraba.

Andando, andando llegaron al aeropuerto de Barajas, en el tiempo previsto y con el tiempo suficiente para dejar el coche en el parking, ir a la nueva y apabullante T4, facturar las maletas, entrar en la zona de embarque, visitar sin comprar las tiendas y esperar ¡un poco más! Salir en el avión rumbo a Amsterdam, de allí hacer escala para afhacer vuelo directo hasta Java.

¡Volar! No te acostumbras, es un hormigueo al despegar, al pasar las turbulencias, al descender y sobre todo al aterrizar.

El viaje era magnífico, después de un montón de horas, de una escala técnica llegaron a su destino. Todo estaba previsto, había guías que nos iban a enseñar palacios y lugares exóticos y era como estar dentro de un documental de la tele, no tenían tiempo ni para respirar de aquí para allá, haciendo fotos y probando la comida autóctona, con sabores desconocidos e increíbles.

Un buen día, no había nada programado y les aconsejaron visitar una de las playas de la isla en que estaban. Era idílica y paradisíaca, de un color indescriptible.

Arenas finísimas, palmerales y escasas edificaciones. Sólo un magnífico hotel, en una colina, dominaba toda la cala.

Hacía calor y se apetecía el baño, el agua estaba transparente y tibia y parecía un lago por las pocas olas que había.

Así pasaba el tiempo cuando, algo extraño sucedió. Había bandadas de aves pululando por la playa, que de repente desaparecieron, sin ruido. Un silencio seco invadió el ambiente, y el olor y la brisa cambiaron.

Elia estaba en la orilla chapoteando y jugando a tirarse arena mojada con su hermano, y de pronto se paró, alzó la mirada y se dio cuenta de que ya no había pájaros. ¡Qué extraño! Se levantó y mirando hacia arriba notó como a pesar de tener agua hasta las rodillas, los pies los tenía prácticamente secos. Bajó la mirada y la depositó en la arena de la orilla, prácticamente seca, y siguiendo con la cabeza buscó el agua hacia el interior del mar y con sorpresa vio como el agua se había retirado tanto que hasta se veían peces chapotear, y rocas que no se veían antes.

* Es curioso, ¿no Elia?, no había visto una cosa parecida jamás-. Dijo Rafa, mirando con asombro y adentrándose en la zona donde instantes antes estaba el mar.

A Elia, también le parecía curioso. Es de esas escenas que te gustaría grabar con una cámara para enseñársela a los amigos de regreso a casa, como una anécdota de las vacaciones. No obstante, esa situación a Elia le resultó familiar, la había visto antes o... había escuchado algo parecido.

De pronto, se acordó. Sus ojos rasgados, se hicieron redondos, las pupilas se le dilataron y el corazón empezó a latir desenfrenado. ¡Claro que se acordaba! ¡Lo que explicó la señorita sobre maremotos el día que la pillaron distraída¡ ¡Cómo olvidarlo, con la vergüenza que pasó!

Elia, sin darse cuenta muy bien de lo que hacía, se puso a gritar como una posesa. Su hermano, sus padres y varios paseantes que a estas alturas también se habían adentrado en el mar a ver el espectáculo de la retirada de las aguas, se giraron asustados y corriendo se acercaron a Elia.

* ¿Qué pasa, Elia? ¿A qué viene esos gritos?-

Elia, con un nerviosismo desatado, gritó:

* ¡Viene una ola gigante!, la señorita nos explicó que cuando hay un maremoto primero se va el mar y luego vuelve en forma de ola gigante. ¡Tenemos que salir de aquí corriendo!-

Para entonces, los gritos de Elia, habían congregado un cierto número de personas a su alrededor interesados por el escándalo, las palabras de Elia, que se iban traduciendo a varios idiomas en la medida en que la gente iba preguntando, por una extraña y afortunada razón calaron en los oyentes, y sin saber por qué la creyeron. El pequeño grupo, no tardó en dispersarse y como almas que llevan al diablo, el pavoroso anuncio de Elia se fue corriendo como la pólvora por toda la playa. Las personas cogían a sus hijos pequeños y dejando enseres y toallas salieron corriendo hacia el hotel, el punto más alto, y posiblemente más seguro de la zona.

Elia y su familia hicieron lo propio, y con toda la velocidad posible corrieron hacia el hotel. Para entonces el pánico era generalizado, las caídas se sucedían pero en pocos minutos las playa estaba vacía y todo el mundo consiguió llegar al hotel, con golpes, magulladuras y algún que otro descalabro, pero todas en las plantas superiores del hotel.

Pasaron algún minuto más, eterno, y todo parecía que no iba a pasar nada pero un ruido seco inundó la estancia. Al mirar por las ventanas, no podía dar crédito a lo que estaban viendo, una inmensa ola se acercaba inexorablemente y al poco tiempo rompía con inusitada violencia sobre la orilla que antes habían ocupado todas las personas que estaban en el hotel. El agua se llevó todo por delante, y chocó con furia contra el hotel, inundando la zona del vestíbulo y las partes bajas. Afortunadamente, deshabitadas. La muchedumbre se encontraba en las plantas superiores. El agua lo inundaba todo, y seguidamente se sucedieron nuevas olas enormes pero ya con menos violencia.

Todo quedó oscuro, las luces del hotel se apagaron, y cada cual permanecía en su sitio sin mover un músculo. Al poco, el ruido de las olas que se iban rompiendo, fue cesando y una extraña calma lo invadió todo.

Poco a poco, la gente fue acercándose a las puertas, salieron a los pasillos y observándose unos a otros se dirigieron a las salidas con más miedo que otra cosa. Los pisos de abajo estaban inundados así que no quedó más remedio que salir a las terrazas- solarium para ver qué había pasado.

Y las imágenes que vieron no se les podrán olvidar en la vida. El hotel rodeado de agua por todas partes, coches, barcas, palmeras arrancadas por doquier y un terrorífico paisaje de violencia y destrucción se habría ante sus ojos.

Las personas del hotel, paralizadas por el estupor, se quedaron quietas, el director del hotel intentando reorganizar la situación de por sí ingobernable a esas alturas, pidió calma y que se trasladaran a las habitaciones en previsión de nuevas sacudidas.

El tiempo pasó, no había agua potable ni comida, y al cabo de las horas parecía como el mar empezaba a retroceder dejando más imágenes de su catastrófica destrucción.

Poco a poco, se fue controlando la situación. Llegaron algunas asistencias, el ejército y la ayuda internacional lo que alivió los primeros momentos de desconcierto. La zona donde estaban no era de las peores, había sitios donde el agua se había llevado todo por delante y los daños materiales y humanos era terrible.

Al día siguiente, comenzó la evacuación del hotel con la ayuda de barcazas y otros medios, se fueron trasladando los supervivientes a zonas más seguras. Cuando le tocó el turno a Elia y su familia, caminando por el vestíbulo destrozado, rodeados de gente, una persona ya mayor se acercó a la familia, y con los ojos arrasados no pudo más que decir un lacónico pero sentido:

* + Thank you… very much…

Elia, entendió el *muchasgracias* inglés, pero no entendía por qué. Otras personas que estaban allí y que también estaban en la playa se fijaron en la escena y se dieron cuenta que, Elia, era la niña que con su sus gritos e inspirada reacción les salvó la vida. De forma espontánea los cientos de personas que estaban allí comenzaron a aplaudir, sentida y emocionadamente.

La familia Solís, y Elia al frente, salieron del hotel de camino a un lugar determinado en espera de su pronta repatriación.

No tardó mucho en propagarse la historia, hasta llegar a España donde la fuerza de los medios dio a conocer la noticia a todo el mundo y ya no había nadie que no supiera de la afortunada buena suerte que corrieron los cientos de personas que, aquel día fatídico, compartían el día de playa con Elia.

El camino de regreso, fue una sucesión de agradecimientos y homenajes y hasta llegar al avión, Elia se sentía abrumada, y no hacía más que pensar en las terribles imágenes que el maremoto dejó por todos lados y por ello no entendía que es lo que había hecho para merecer tantas distinciones. Si lo que hizo, lo hubiera hecho cualquiera... Elia, desconocía las circunstancias de momento y oportunidad que hacen que, como en este caso, su intervención fuera heroica.

Volaban hacia Madrid, la experiencia había sido terrible pero en ese momento sólo podía acordarse de su maestra, su señorita, para ella la verdadera heroína y la que, al fin y al cabo, con sus enseñanzas consiguió que se salvara tanta gente, y era ella, realmente, quien debía recibir todos los halagos y los agradecimientos.

Las sensaciones se agolpaban y, también para Elia, porque la expectación era enorme**…**

**FIN**

***EPÍLOGO***

***Esta historia está basada en un hecho real narrado en el reportaje del periodista Javier Sampedro para el diario EL PAÍS de fecha 9 de enero de 2005 en que se relata cómo en la tragedia del maremoto que azotó Indonesia en diciembre de 2004, la niña británica Tilly Smith, salvó a cientos de personas en una playa de la isla de Phuket en Tailandia al recordar las enseñanzas que meses antes había recibido en su colegio sobre el retroceso fulminante de la marea como aviso previo a una ola gigante. Tilly fue la heroína, pero no hago más que pensar en la reacción de su profesor/a al conocer la historia. Posiblemente debía ser la persona más feliz del mundo porque pudo comprobar, ¡y de qué manera!, que, al menos por una vez, la cultura pudo salvar vidas.***